

**EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL
VERSUS ROBERTO IBÁÑEZ:
LAS RIVALIDADES DE LA CRÍTICA
Y LAS ANDANZAS DEL *DIARIO DE VIAJE*
A PARÍS DE HORACIO QUIROGA**

Gustavo San Román

En una librería montevideana reside desde hace unos años un ejemplar de la segunda edición del *Diario de viaje a París de Horacio Quiroga* (Montevideo. Imprenta El Siglo Ilustrado. 1950) que es peculiar por dos razones. La primera es que el tomo lleva una dedicatoria del editor, consagrado crítico uruguayo, a otro importante intelectual de la época: “Para Roberto Ibáñez, este primer trabajo de investigación literaria, con la amistad de E. Rodríguez Monegal, 26/IV/50.” La simpatía del acto de dedicación parecería estar confirmada o reforzada por la urgencia del regalo, que tuvo lugar, según el pie de imprenta, a tan solo dos días de la fecha de publicación: “Se terminó de imprimir el día 24 de abril de 1950”. Pero esta impresión de mutuo respeto a la que la dedicatoria invitaría queda derrumbada por la segunda razón de la peculiaridad de este ejemplar, a saber, la presencia de un buen número de juicios y comentarios negativos que agregó íntimamente la mano de Ibáñez al texto. Ambas intrusiones autógrafas en el ejemplar, dedicatoria y comentarios, son a su manera indicios de una fuerte rivalidad entre los dos críticos, que fue notoria entre sus contemporáneos y que hoy se puede rastrear en una serie de intercambios en *Marcha* y órganos afines que comenzó, justamente, a poco de la entrega del regalo. En efecto, no sería demasiado riesgoso sugerir que el volumen que nos ocupará en este trabajo pudo ser el catalizador de la famosa fricción entre ambos estudiosos.

El presente ensayo comenzará dando el contexto del obsequio del ejemplar, cuya edición ocurrió durante una ausencia de Ibáñez de su puesto de director del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (I.N.I.A.L.), adonde fuera donado el manuscrito del *Diario*, y luego hará un análisis de los comentarios a mano de Ibáñez. La hipótesis de trabajo es que esta tarea puede iluminar tanto algunos detalles del importante texto de Quiroga que los ocupó, como la relación entre estos dos grandes críticos literarios uruguayos del medio siglo.

Una función secundaria pero no desdeñable del trabajo es describir para el público académico nacional un valioso tomo que bien puede terminar en una biblioteca del extranjero.

La primera edición del *Diario* había sido en el único y corpulento número de la *Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios*, Año I, Tomo I, No.1, diciembre de 1949, pp.47-185, aunque la última página declara que “Este volumen se terminó de imprimir el día 24 de marzo de 1950, en los talleres gráficos El Siglo Ilustrado”. Un mes más tarde, como queda dicho, salió la nueva edición que nos interesa, como separata de la misma revista. Una tercera y hasta ahora última edición, también de Rodríguez Monegal, apareció el mismo año de 1950 con el sello de la editorial de *Número*, revista de la que era director. En nota fechada el 18 de agosto de 1950 de esta tercera edición algo retocada, Monegal cierra la lista de agradecimientos con la mención del “Prof. Roberto Ibáñez, director del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, por haber autorizado esta reedición y haber facilitado los clisés necesarios para su impresión.” La introducción al *Diario* fue publicada todavía una vez más por el editor en su libro *Las raíces de Horacio Quiroga* (Asir. 1961. 2a. ed. Alfar. 1961). (Dado el tono personal del material central del presente artículo, viene a cuento el que el ejemplar que tengo a mano de la tercera edición del *Diario*, la de *Número*, haya sido también obsequio de Rodríguez Monegal: el que donó a la Biblioteca de la Facultad de Lenguas Modernas y Medievales de la Universidad de Cambridge en mayo de 1951, durante una estadía como becario del British Council. En el catálogo de esa Universidad aparecen además otros dos ejemplares del *Diario* en las bibliotecas de los Colegios Fitzwilliam y Queens’. El de la primera fue parte de un legado de John Street, autor de *Artigas and The Emancipation of Uruguay* (Cambridge, 1959; traducción uruguaya de 1980) y antiguo *Fellow* del colegio, y lleva dedicatoria de Rodríguez Monegal fechada el 6 de mayo de 1951; años más tarde, en 1968, Monegal volvería a Fitzwilliam como *Visiting Fellow*. El ejemplar de Queens’, sin dedicatoria del autor, es parte de la colección Cohen, legada a ese colegio por el traductor e hispanista J. M. Cohen. Teniendo en cuenta que, como dice un aviso en el número 6-7-8 de la revista *Número* de enero-junio 1950, dedicado a la generación del 900, solo se hizo una “edición limitada de 100 ejemplares” del *Diario*, Cambridge tiene en su poder una proporción importante de un texto raro y valioso.

El ejemplar dedicado a Ibáñez sobre el que gira el presente trabajo tiene el sello del I.N.I.A.L. en algunas de sus páginas, aunque claramente pertenecía a la biblioteca personal del director, luego de su muerte

comprada en parte a la familia por el librero. Por otros ejemplares que he podido consultar en otras fuentes, surge la impresión de que no era raro que Ibáñez anotara concienzuda y críticamente sus libros, a los que a veces agregaba al final un juicio evaluativo duro y exigente.

Una notoria rivalidad

El ejemplar que nos concierne es interesante, decíamos, no solo por su dedicatoria sino también por las anotaciones que el destinatario agrega al texto y que ilustran una evidente fricción entre Rodríguez Monegal e Ibáñez. Este último era a la sazón el director del I.N.I.A.L., pero había estado ausente durante el período en que llegó el diario al Instituto. Esto se deduce por la aparición del nombre de Carlos Alberto Passos como “Director Interino” en la portada de la *Revista del I.N.I.A.L.*. Además, en un artículo de Rodríguez Monegal para *Marcha* del 21.1.49, titulado “Del Archivo José Enrique Rodó al de Horacio Quiroga”, el joven crítico anuncia que el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada entregará en breve “un diario del viaje de Quiroga a París (1900)” y da el nombre de Passos como director interino del I.N.I.A.L. (p.14). Por su parte, dos años más tarde, en el mismo semanario y en una carta dirigida a Arturo Ardao que instaura el mayor terreno de disputa con Rodríguez Monegal —la obra de Rodó—, el mismo Ibáñez corrobora su ausencia en Europa por dos años a partir de 1948 (*Marcha*, 29.6.51, pp.5-4).

La relación laboral entre los dos críticos no está clara del todo, pero, por conversaciones con algunas personas que conocieron a ambos autores, surgiría el siguiente panorama aproximativo. Emir Rodríguez Monegal parece haber trabajado en el I.N.I.A.L., quizás como investigador contratado, durante el interinato de Passos (1948-50), ya que en ese período pudo preparar la edición del *Diario*. Pero parecería que dejó de trabajar cuando regresó el director de sus viajes de estudio, quien adujo problemas financieros y solicitó una inspección de Hacienda; ésta resultó en una reducción en el número de funcionarios y es muy probable que Rodríguez Monegal fuera víctima de este recorte de personal. Dada la fricción entre los dos críticos a partir de esta época, resulta difícil de imaginarlos colegas (o más bien jefe y subalterno). De alguna manera, sin embargo, Monegal mantuvo su contacto con los archivos del Instituto para conseguir el material que usó en sus varios proyectos de crítico y editor, especialmente el de las *Obras completas* de Rodó (Madrid. Aguilar. 1957. 2a. ed. 1967), durante los años que siguieron hasta su partida definitiva de Uruguay a fines de los sesenta, en que pasa a actuar desde París. O lo hizo como investigador privado

y con escaso o nulo contacto con Ibáñez, o contó con la colaboración de otros investigadores que visitaron el I.N.I.A.L. de su parte; también, obviamente, pudo combinar los dos medios.

En todo caso, tanto el regalador como el destinatario de este ejemplar son, sin duda, dos de los críticos literarios mayores que ha tenido el Uruguay; la relación entre ambos es, por lo tanto, digna de consideración y este diario anotado puede verse como un repositorio privado y unilateral de una notoria rivalidad. Esta rivalidad parece haberse relacionado con la actitud de cada investigador hacia su tarea: mientras que el crítico mayor era reacio a la publicación de sus resultados a causa de un exacerbado perfeccionismo, el joven era excepcionalmente ambicioso en sus proyectos y ágil en llevarlos a cabo. Varios comentarios de cada uno, en cartas a revistas y en trabajos académicos, confirman esta conclusión. Sirvan como ejemplo dos tardías evaluaciones respectivas, empezando con la del joven sobre el mayor: “La obra impresa de Ibáñez es pequeña y reticente, pero su magisterio oral fue grande. Lástima que un sentido muy egocéntrico del trabajo intelectual le haya impedido convertirse en director de un equipo de investigadores y que haya trivializado su dirección del mencionado Instituto al cerrar por casi quince años las puertas a otros investigadores.”⁽¹⁾ (Vemos aquí una posible indicación de las dificultades sufridas por Rodríguez Monegal para hacerse de los datos que necesitaba para sus trabajos de investigación). Por su parte, y hablando sobre las ediciones de las obras completas de Rodó, hace Ibáñez la siguiente evaluación al año siguiente: “Otras ambiciones, en cambio, animaron [...] a Emir Rodríguez Monegal, prologuista y compilador de otras *Obras completas* —Madrid, Aguilar, 1957—. Sin la disciplina indispensable, pero con agilidad [...], reunió las producciones de Rodó.” Y pasa a señalar una serie de errores en la transcripción del material que recibió en la edición “el título inmoderado de *Proteo*”, como también en algunas de las citas de otros autores, “incluso en materia de letras inglesas”, terreno en el que Monegal gozaba de fama de conocedor. Ibáñez concluye su evaluación con el siguiente párrafo fulminante: “Habría mucho que añadir, según se infiere de lo dicho. Pero, como ya no sería posible apuntar otros aciertos sino otras pifias del compilador, la tarea se dilataría demasiado.”⁽²⁾

(1) E. Rodríguez Monegal, *Literatura uruguaya del medio siglo* (Montevideo, Alfa, 1966), pp.371-372.

(2) R. Ibáñez, “El ciclo de Proteo”, *Cuadernos de Marcha*, No.1, mayo de 1967, p.28.

El que la publicación del *Diario* de Quiroga haya sido el principio de la rivalidad queda sugerido por el hecho de que en dos notas para *Marcha* publicadas poco antes de la partida de Ibáñez a Europa, Rodríguez Monegal se refiere muy positivamente al Archivo Rodó y al trabajo del director del I.N.I.A.L. La primera, titulada “Exposición José Enrique Rodó”, describe las bondades del archivo; en nota aparte aparecen dos fichas de la exposición, por Roberto Ibáñez (“Rodó y el gran amor de su adolescencia”), con un comentario previo sin firma pero que se entiende de la autoría de Rodríguez Monegal, en que se dice de las fichas: “En ellas el lector advertirá, además de la minuciosa descripción material de cada pieza y su precisa ubicación, el fino comentario del crítico” (*Marcha*, 19.12.47, p.14). Entre esta amistosa declaración y las críticas anotaciones íntimas de Ibáñez en el ejemplar que nos ocupa, solo mediaron la ausencia de éste en Europa y unos pocos meses después de su vuelta.

La fricción entre ambos autores en parte refleja un cambio generacional en la crítica nacional: se gestaba la denominada “generación del 45”, entre cuyos jóvenes, brillantes y demolidores integrantes ya estaba sobresaliendo el mismo Rodríguez Monegal. Y aunque el duro enjuiciamiento de la crítica que precedía a los nuevos fuese en gran parte justificado, en Roberto Ibáñez se hallaba un difícil y formidable contrincante, imposible de descartar a la ligera. Rodríguez Monegal había nacido en 1921 e Ibáñez en 1907; en 1950, fecha del regalo de nuestro ejemplar, tenían respectivamente 29 y 43 años. La diferencia de edad es casi exactamente los 15 años que señalan como frontera delimitadora los estudios clásicos sobre generaciones y que el mismo Monegal considera en un trabajo sobre el tema, “La generación del 900”.⁽³⁾

El joven crítico, que publicaría en 1956 *El juicio de los parricidas* (Buenos Aires: Deucalión), sobre el conflicto entre la nueva generación argentina y sus maestros, tenía experiencia propia de esa tensión intergeneracional, como señala de soslayo en ese libro: “Y aquí se ve la última diferencia con la generación de críticos uruguayos de hoy. El planteo revisionista está hecho en esta orilla por quienes suman el ímpetu parricida y la formación erudita. Pero el desarrollo del tema llevaría demasiado lejos: a otro trabajo” (p.107). De preguntarle a Ibáñez su opinión sobre tal afirmación, con seguridad hubiera tenido algo que decir sobre esa “formación erudita” en el caso de su joven contrincante.

(3) Ver *Número* 6-7-8, enero-junio 1950, esp. pp.40-41, 42-43, en que cita este criterio de Ortega y Gasset.

En suma, entonces: Ibáñez era erudito y minucioso en su trabajo, pero lento en publicar; Rodríguez Monegal, apresurado pero poco cuidadoso. Así serían los juicios de cada uno sobre el otro.

Más allá de las diferencias en cuanto a crítica literaria, existirían también dos zonas de fricción potencial de carácter general. La primera era una cuestión de jerarquía y de la actitud de estos hombres frente a ella. Ibáñez fue el fundador del I.N.I.A.L., y, según parece por las versiones de quienes lo conocieron, deseoso de controlar toda tarea del Instituto. Alguien con la energía e independencia de Rodríguez Monegal no habría conectado felizmente con las expectativas de Ibáñez. Es interesante notar que en este aspecto los dos hombres no eran tan distintos, ya que durante su propia dirección de otro organismo, la sección literaria de *Marcha*, Monegal ejerció férreo control también, según comentarios de sus colegas.⁽⁴⁾ Un segundo campo de disensión podría ser la política; mientras que Ibáñez era hombre de izquierda, habiendo sido representante nacional por el Partido Socialista,⁽⁵⁾ es generalmente aceptado que la posición política de Rodríguez Monegal fue más bien hacia la derecha.

El hecho del regalo en sí habría irritado íntimamente a Ibáñez, teniendo en cuenta el contexto de su ausencia del país y su probable desconocimiento del proyecto; ese único número de la *Revista del I.N.I.A.L.* contiene varias joyas del Archivo en su apéndice documental y en sus numerosas y excelentes láminas, además de algunos estupendos trabajos, como el clásico “La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay: 1812-1851”, de Lauro Ayestarán. Ibáñez tuvo que esperar hasta 1961 para editar algo parecido en *Fuentes*, segunda revista del I.N.I.A.L. que también se quedó en un único número. Prueba de la rivalidad entre los dos autores es, por lo tanto, también la extremada rapidez de Rodríguez Monegal en llevar a cabo el proyecto durante la ausencia de quien, de haber estado en su puesto, seguramente hubiera tomado riendas en la edición de un texto tan importante. La formidable eficacia de Rodríguez Monegal se nota si tenemos en cuenta las varias tareas de investigación y el intermitente e intenso trabajo del joven crítico durante esa época en varias publicaciones periódicas, incluidas *Marcha* y *Número*, en las que desempeñó papeles de liderazgo. Las anotaciones que Ibáñez hizo en los márgenes al recibir el ejemplar se pueden ver,

(4) Ver P. Rocca, *35 años en Marcha* (Montevideo, Intendencia Municipal, 1992), pp.97-98.

(5) *Diccionario de Literatura Uruguaya* (Montevideo, Arca/Credisol, 1987), Tomo I, pp.303-305.

entonces, como la venganza de un maestro exigente sobre un alumno ambicioso y algo insolente.

Hay además la relación de cada uno con la obra de Quiroga. El crítico maduro y el joven compartían sobre todo tres intereses en la literatura nacional, todos escritores del 900: Eduardo Acevedo Díaz, José Enrique Rodó y Horacio Quiroga. Sobre el primero, Ibáñez escribió “El primer suplicio: notas a un cuento olvidado” (*Marcha*, 29.6.51) y el prólogo a la edición de *Ismael* en la Biblioteca Artigas (1953). Por su parte, Rodríguez Monegal reorganiza y expande sus propios prólogos a las otras tres novelas del ciclo en la misma Biblioteca Artigas en *Vínculo de sangre* (Montevideo. Alfa. 1968). La similitud de intereses en este caso no dio pie a altercados (Monegal menciona positivamente la interpretación de Ibáñez). Sí causó desavenencias la obra de Rodó, donde la fricción fue compleja e interesante, pues se trata de dos excelentes críticas de la obra del gran escritor (comparables solo con las lecturas de Real de Azúa). De esta polémica, que merece un estudio aparte, hemos ya dado un indicio en las palabras de Ibáñez, a cuya fuente se recomienda volver al lector interesado, ya que allí el autor hace referencia a otros textos propios y a su influencia en la crítica coetánea.

Mientras que para los dos primeros intereses compartidos el trabajo de ambos críticos es por lo menos comparable —aunque de la obra de Ibáñez sobre Rodó solo fue publicada la punta de lo que fue sin duda un iceberg rico y profundo—, en el caso de Quiroga, Ibáñez va a la zaga de su más activo colega. Sus contribuciones fueron estas: referencias a Quiroga en su importante artículo “Americanismo y modernismo” (*Cuadernos Americanos*, No. 37, enero-febrero 1948), notas al segundo tomo de las *Cartas inéditas* (I.N.I.A.L., 1959) y el prólogo al séptimo de la *Obras inéditas y desconocidas*, “Sobre literatura”, editadas por Ángel Rama (Arca. 1970), trabajos seguros pero sin la insistencia abarcadora de la serie de artículos de Rodríguez Monegal, que culminaron en su biografía *El desterrado* (Buenos Aires. Losada. 1968). El texto que nos ocupa es, por tanto, uno sobre el que Ibáñez comenta más como lector crítico y atentísimo que fue también como rival en ciernes del editor, que como experto en igualdad de condiciones.

Las anotaciones de Ibáñez (I): a la Introducción de Rodríguez Monegal

Las trazas de Ibáñez aparecen en las siguientes páginas del libro, que incluye la Introducción de Rodríguez Monegal y el texto del diario de Quiroga: 7, 9-11, 13-15, 17, 25, 27-33, 37-38, 41-42, 45, 47-50, 52,

57-59, 62, 64-65, 69-72, 75-80, 83-101, 103, 106-107, 109, 114, 134-135, 138. O sea, 69 páginas de un total de 138 (la separata tiene 145 páginas pero el texto comienza en la N°7): la mitad. Esto demuestra que Ibáñez leyó el material con detenimiento. Los agregados que hace son de tres tipos principales. Un primer tipo incluye *marcas de atención*, que toman la forma de subrayados y rayas verticales en el margen. La función de estas señales parece ser la de destacar información que le interesa particularmente a Ibáñez como lector cuidadoso del material, de la misma manera como lo haría cualquier estudiante con el fin de resaltar fuentes importantes o nuevas en su conocimiento, a las que piensa volver. El segundo caso atañe a expresiones de *queja* frente a un comentario con el que está en desacuerdo. Éstas quedan señaladas generalmente por signos de exclamación (“¡!”), solos o flanqueando la palabra “ojo”. El tercer grupo de agregados está relacionado con el anterior, pero va más allá al incluir *correcciones*. Generalmente éstas van acompañadas de alguna aseveración sobre la ineficacia o atropello del editor. Veamos casos de cada tipo de anotaciones, comenzando con las que se aplican al material introductorio; luego veremos las que hizo al texto del *Diario* mismo.

Marcas de atención

Estas señales, que parecen indicar zonas de particular interés para Ibáñez, quizás novedosas para él, se relacionan con tres temas. El primero es la historia del manuscrito del *Diario*, que explica el editor en la p.7: “El escritor lo había depositado [al *Diario*] en manos de D. Ezequiel Martínez Estrada, junto con algunos documentos de su mayor intimidad. En la donación que el ilustre escritor argentino hiciera al Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios, se incluían las dos libretas en que Quiroga había llevado la anotación cotidiana de su aventura parisina.” (p.7). El que el director del I.N.I.A.L expresara interés en este aspecto se explica porque la adquisición del *Diario* tuvo lugar durante una de sus ausencias del país, como hemos visto.

El segundo tema que interesa al anotador es el de la cronología del diario. En la p.11 subraya la afirmación del editor de que “el 12 de julio de 1900 [es la] fecha en que llegó a Montevideo en el *Duca de Galiera*”. También agrega al margen: “El 12 de julio: otra vez en Montevideo”, y marca con línea vertical la referencia a la lista de pasajeros del vapor, señalada por Rodríguez Monegal en nota al pie. Un resumen más completo de todo el itinerario del viaje de Quiroga aparece en el margen superior al comienzo de la transcripción del diario en sí, en la p.41:

“1900 (; 18 días en [ilegible!]). Se embarca en Salto, para Montevideo; S[ale] el 20 de marzo; Ll[ega] el 23. Sale de Montevideo el 30 de marzo. Desembarca en Génova el 23 de abril. Llega a París, el 24 de abril. Sale de París, el 10 de junio. (Desembarca en Montevideo a principios de julio) (El 12 de julio)”.

Una tercera zona de interés es la importancia aparente de la Exposición Universal y el ciclismo entre los motivos detrás de la ida de Quiroga a París, que el editor presenta muy eficazmente. En la p.13. Ibáñez subraya o señala con raya vertical en el margen las menciones de estos elementos y la fuente que cita Rodríguez Monegal en nota al pie: “Rivalizando con esta atracción [la Exposición Universal de París], y aparentemente igualándola, aparecen las carreras de ciclismo” (en nota: “Véase *La Reforma*, Año III, No. 688, Salto, marzo 20 de 1900, pág. [1], col. 4”); en la p.14 marca con raya vertical al margen la cita “Créame, Payró; yo fui a París sólo por la bicicleta”. (Los subrayados, aquí y más adelante, pertenecen a Ibáñez).

Como veremos, son parecidas las zonas de mayor interés del *Diario* mismo, que también denotan sus subrayados y llamados de atención.

Quejas

Éstas parecen ser de dos tipos principales. El primero se refiere al uso de lenguaje retórico, sea por parte de Rodríguez Monegal o de otros autores que éste incorpora a su texto. Así sucede con la serie de cuatro signos de exclamación en las pp. 9-10, en que el editor cita las palabras de la primera biografía de Quiroga por Delgado y Brignole (1939). Los signos se aplican de la siguiente manera: 1. a la ocurrencia demasiado próxima de dos pronombres posesivos, que quedan subrayados (“cuando su corazón romántico, sediento de veraz ternura, se apretaba a sus senos mercenarios”); 2. junto a las frases “un alma como la de Quiroga, sustancialmente auténtica y sincera hasta no poder encubrir sus impresiones, nunca llegaría a congeniar con un ambiente supercivilizado” y “[Él] arrastraba por la enorme colmena su desilusión, como una clámide arpiamente desgarrada”; 3. en la frase siguiente subraya el trozo marcado, también acompañado de signos de exclamación al margen: “Desterrado de las barberías, el óvalo de su rostro se vio asaltado por barbas, que crecían como malezas alrededor de las ruinas en las tierras tropicales”. En todos estos casos, Ibáñez parece estar en desacuerdo con el estilo del texto, aun cuando su autoría no es de Rodríguez Monegal sino de los amigos y biógrafos de Quiroga. Vemos lo exigente y fastidioso que es Ibáñez frente a toda lectura, sin

importar el autor; y aunque no se trata de una crítica directa al editor del diario, lo es, implícitamente, de su lealtad a citas inapropiadas.

En otros lugares, Ibáñez reniega de más imprecisiones o usos retóricos del lenguaje. En la p.15 subraya y agrega signos de exclamación al adjetivo “sórdida”, que el editor aplica a la aventura parisina de Quiroga; y en la p.28 Rodríguez Monegal hace una valoración de Quiroga como poeta que hace fruncir el ceño a Ibáñez. En el texto principal el editor dice que Quiroga “no era un poeta auténtico”, lo que recibe un mero subrayado de Ibáñez; cuando en nota al pie (Nº 29) expande sus comentarios, el obsequiado subraya y acompaña de signos de exclamación las frases marcadas: “Quiroga era empeñoso, pero a veces no le alcanzaban las fuerzas para rematar un poema. En el cuaderno queda un patético testimonio de estos desfallecimientos. Es el fragmento titulado *Al genio azul*, que permanece irrevocablemente inconcluso.” El anotador con seguridad evalúa como retóricos e imprecisos estos juicios. Por fin, en la p.38, Ibáñez subraya los dos “Pero” con los que comienzan dos párrafos, sin duda por razones de estilo.

Un segundo terreno de queja concierne a lo que Ibáñez parecería considerar hipótesis injustificadas de Rodríguez Monegal. En la p.11, el editor cita la frase del *Diario* donde Quiroga proyecta continuar en un nuevo “cuaderno de 10 cts”, y agrega: “Este cuaderno no ha sido encontrado”. Ibáñez agrega una exclamación al margen que parece indicar que la aseveración de Monegal carece de fundamento, pues no hay garantía de que el plan de Quiroga se haya materializado. Hay otros comentarios posteriores que parecen nacer de una misma actitud de extrema precaución, como el relacionado a un supuesto cuaderno borrador en que Quiroga habría escrito sus versos, donde Ibáñez propone la alternativa posibilidad de que se tratase de hojas sueltas, que se cita más adelante bajo *correcciones*. Algo parecido sucede en la p.17, nota 13, sobre “la fraternidad de los mosqueteros” de Salto. Rodríguez Monegal describe los papeles de cada uno —“D’Artagnan, Horacio Quiroga; Athos, Alberto J. Brignole; Aramis, Julio J. Jaureche; Porthos, José Hasda”— y cita la página relevante de la biografía de Quiroga por Delgado y Brignole. También dirige al lector a la lámina II de la presente edición, diciendo que allí “se ofrece, incompleto, el grupo de los mosqueteros.” Ibáñez marca toda la nota con una línea vertical al margen y subraya la última frase citada, acompañándola de un par de signos de exclamación y de un “ojo” en mayúsculas y también subrayado. En efecto, la lámina mencionada no incluye a los mismos que se citan en la nota del editor, sino a los siguientes: Prudencio Quiroga, José Hasda,

Horacio Quiroga, Julio J. Jaureche y Justo Thévénét. Falta uno y sobran dos, lo que instiga la queja de Ibáñez, para quien la descripción de “grupo incompleto” no resultó lo suficientemente precisa.

En la p.29 hay marcas verticales en el texto principal y subrayados y exclamaciones en nota al pie (Nº 31) sobre la “extraña narración [de Quiroga] ‘Rojo y negro’” y sobre “un poema en prosa, titulado *Nocturno*”, en que el editor critica la pobre “audacia metafórica”, y especialmente sobre “una observación curiosa” del cuaderno de composiciones juveniles donde Quiroga transcribió la “Oda a la desnudez” de Lugones: “después de la ‘Oda’ la letra de Quiroga pierde poco a poco sus caracteres ornamentales y narcisistas, volviéndose más nerviosa e improvisada”. Nuevamente Ibáñez parece juzgar como impropias las evaluaciones de Rodríguez Monegal.

Correcciones

Hay algunas anotaciones más explícitas de Ibáñez, en que a la queja se agrega una interpretación alternativa. El primer caso de este tipo ocurre en la p.25, nota 19. Allí el editor, habiendo citado la última página del cuaderno de composiciones juveniles de Quiroga y sus amigos, que se conserva en el Archivo Quiroga, aclara en nota: “En rigor, no se trata de la última página, ya que ésta ha sido arrancada; es la última de las que se conservan, y como puede verse por la transcripción, deja inconcluso el texto. Debe señalarse, asimismo, que al arrancar la última página ha desaparecido también la primera.” Las palabras subrayadas fueron marcadas por Ibáñez, quien también encuadra la primera aparición de “página” y agrega al margen, en subrayado: “Página, no: hoja”; también marca con signos de exclamación la última frase subrayada. Un claro ejemplo de puntillo y precisión frente al trabajo de su rival.

Un caso de contribución interpretativa de cierto peso ocurre en la p.27. Rodríguez Monegal está describiendo los aforismos que aparecen en un cuaderno de composiciones juveniles, entre ellas: “Genio—neurosis intensa; Amor—Crisis histérica; Inspiración—Un trago de agua o un bocado más; Amargura—Pobreza de glóbulos rojos; Inteligencia—Más o menos fósforo; Goce—Crispación de la médula espinal”. Entre paréntesis luego de esta última definición, el editor agrega “(Bartrina)”, y en nota al pie da los dos versos originales de este poeta catalán (“Gozar es tener siempre electrizada / la médula espinal”) y la fuente bibliográfica (“De Omni Re Scibili”, en *Algo. Colección de poesías originales*, Barcelona, 1884).

Por su parte, Ibáñez subraya los comentarios de Monegal previos a la cita de definiciones, incluida la valoración de que la “concepción del mundo” de Quiroga “a los 18 años, es materialista”. Pero además añade al margen que “(Todo es Bartrina)”, y suma una nota propia a la del editor, en la que señala (las referencias entre corchetes son nuestras, GSR): “No advierte, el E.R.M., que todo lo transcripto es resumen de Bartrina. Así dice éste: ‘...el genio es un producto del sistema / nervioso cerebral’ [cf. Quiroga: Genio—Neurosis intensa]; ‘...sus creaciones... / sólo están en razón / del fósforo que encierra la cabeza / ¡no de la inspiración!’ [cf. Quiroga: Inteligencia—Más o menos fósforo; Inspiración—Un trago más de agua ó un bocado más]; ‘Gozar es tener siempre electrizada / la médula espinal...’; etc”. En otros lugares, señala asimismo Ibáñez en el margen: “(Bartrina)”, sin más datos, como fuente no mencionada por el editor: p.32, n.41 (“... cuando el genio vive en la sangre como una neurosis...”) [cf. una vez más Quiroga: Genio—Neurosis intensa]), y p.33 cuando Monegal cita del poema “L.L.” de Quiroga las líneas “En el fondo de histéricos idilios / Hay una gota amarga de fosfato / Que acusa la impureza de los filtros”. Dado que el poema de Bartrina es poco conocido hoy día, se incluye en el apéndice al presente trabajo.

Como se ve, la contribución de Ibáñez es interesante, aunque quizás expresada con énfasis algo extremo. El paralelo entre las ideas de Bartrina y las del Quiroga modernista es claro (es más, tal vez Bartrina haya sido una influencia mayor en la preocupación por la ciencia y sus fronteras que acompañó al escritor uruguayo toda la vida), y va más allá de lo que señala Rodríguez Monegal en cuanto a la definición de “Goce”, aunque ésta sea una de las más parecidas textualmente. Tiene razón entonces Ibáñez al citar otros versos que corresponden también de forma textual a los de Quiroga (sobre el genio y la neurosis y sobre la inteligencia y el fósforo) y al proponer una correspondencia más difusa y general entre los materialismos de ambos poetas, que se le pasó al editor. En suma, pues, la observación de Ibáñez delata un raro caso de pereza investigadora en Rodríguez Monegal y de mayor minuciosidad en Ibáñez, quien, sin embargo, puede haber sido guiado por la primera pista de su colega más joven.

En la p.30 hay dos quejas enfáticas. La primera es para una frase de Rodríguez Monegal que el autor parece haber usado metafóricamente, pero que Ibáñez toma literalmente. Hablando de las colaboraciones de Quiroga para *Gil Blas* en las que el salteño considera cuestiones del amor, Monegal cita primero de “Reflexiones”, incluyendo la aseveración “Amor que no lleva en sí una contrariedad inmensa, no es amor”. En la

nota al pie (Nº 35) que sigue, el editor dice que en otro artículo de Quiroga, “Post-amor”, “defiende Quiroga una actitud egoísta” del amor, frase que Ibáñez subraya y a la que agrega, críticamente: “Error garrafal. V. mis cédulas”. No queda claro a qué se puede referir. En la siguiente oración, afirma Rodríguez Monegal: “Unos números después, súbitamente envejecido en diez años, pronuncia una prematura despedida a su juventud en un breve artículo: ‘Simbólica’”. Ibáñez acompaña el subrayado indicado con el siguiente comentario al margen: “¡No! Otro error garrafal”. Del mismo tipo parece ser la queja en la p.33, donde Ibáñez señala con los usuales signos de exclamación la aseveración del editor de que el artículo “Sadismo-masoquismo” había causado una fuerte reacción entre los lectores, a la que Ibáñez califica de “Invento”. También niega, con sendos “No”, que el artículo “Aclaración o definición de dos palabras: Sadismo y Masoquismo” padezca de “cierta pedantería estudiantil” y de que la intención de los escritores fuera despojar los términos de su implícito “significado de *vicios*” (en cursiva de Rodríguez Monegal y subrayado por Ibáñez).

Otras dos quejas con correcciones ocurren en las pp.37 y 38. En la primera, al comienzo de la sección sobre el *Diario* de viaje, subraya Ibáñez la aseveración de Rodríguez Monegal: “No se ha encontrado aún el cuaderno borrador que, evidentemente, llevaba Quiroga junto al *Diario* de viaje”. Y agrega al margen: “¿Sí? ¿Puede hablarse de borrador? ¿Y si en ese caso fueran hojas sueltas? Etc.” El comentario denota su usual ansia de precisión, exigiendo que el editor se guarde de juicios demasiado contundentes, donde no caben términos como “evidentemente”. La segunda corrección surge del mensaje implícito de Monegal de que “Del Natural”, un breve texto que aparece en el *Diario*, es un poema: Ibáñez corrige con las palabras “(No es poema)”. Lo volverá a hacer con más firmeza en el texto del *Diario* mismo.

Vemos, entonces, que los agregados de Ibáñez a la Introducción de Rodríguez Monegal indican sus desacuerdos con el editor en cuanto a criterios de exactitud, tanto en la dimensión de estilo y retórica como en la de las hipótesis de interpretación o lectura. Las quejas, generalmente justificadas, demuestran un puntilloso lector pero no llegan a exhibir errores serios de parte del editor. En un caso, el de las referencias a Bartrina, la contribución de Ibáñez es digna de tener en cuenta como interesante herramienta de interpretación. Veamos ahora la segunda área de agregados: al texto de Quiroga.

Las anotaciones de Ibáñez (II): al texto del *Diario de viaje a París*

Como en la Introducción, las anotaciones de Ibáñez a la transcripción del diario pertenecen a distintas categorías. Se notan, en primer lugar, dos grandes grupos: 1. *marcas de atención* sobre material que parece resultar de interés especial a Ibáñez; y 2. *correcciones* de lectura del manuscrito, que en algunos casos mejoran la lógica del texto. Conviene también subdividir estas últimas en dos tipos: *Variantes sobre un texto ilegible*, que se limitan a dar alternativas a la transcripción de Rodríguez Monegal y su equipo, y *Quejas y comentarios más sustanciosos*, en los que Ibáñez se explaya algo más en su desacuerdo.

Marcas de atención

Un primer grupo de señales denota un fuerte interés en la parte material del viaje, sobre todo en cuanto a la situación financiera de Quiroga y las reflexiones que le causa al diarista. En las pp.75-77 (de abril 25-26), Ibáñez subraya la fecha y hora de llegada de Quiroga a París (“Llegué anoche a las 7 y 20 pm”), el precio de su alojamiento (“La casa donde he dormido cuesta 5 francos diarios”), el total de dinero con que contaba al llegar (“He llegado á París con \$88.00, es decir con 440 francos”), sus cálculos presupuestarios y su fuerte interés en ver ciclismo (“No es mucho que digamos 17 pesos por mes en París; pero, ahorrando de cuando en cuando algunos días, pienso no faltar a carreras”).

De especial interés parece ser la gradual decadencia financiera de Quiroga, que queda señalada en sus grandes momentos. En la p.89 (mayo 21), Ibáñez subraya el comienzo del párrafo en que Quiroga cuenta que todavía no ha llegado al consulado la ansiada carta de casa con fondos y que su situación económica empieza a tornarse grave. A partir de ahora, Ibáñez persigue la patética evolución de su pobreza: “No tengo más [que] 70 céntimos en el bolsillo”; “He empeñado hoy la bicicleta en el Monte-Pío: 50 francos”; y el texto y costo del telegrama que le envió a su madre: “Hice el telegrama: 42,70 francos, á razón [de] 5,34 por palabra. El telegrama decía así: Pastora. Sierra 217, Montevideo. Giro telegráfico urgentísimo. Horacio” (p.92, mayo 28 y 29). En la p.94 (junio 1º), vuelve a subrayar los datos del empeño de la bicicleta y los cálculos financieros que repite Quiroga, y anota al margen: “(Recapitulación: v. pág. 92)”. En la p.95 (junio 2), subraya otro momento de patetismo: “¡Qué angustia tan grande! Hay momentos en que casi lloro. ¡Y en París, pasarme eso, sin tener una sola persona á

quien dirigirme!” y marca al margen el ruego maternal: “¡Oh madre, si supieras lo que estoy pasando! ¡Y si por capricho o imposibilidad llegaras á desdeñar lo pedido! Daría dos años de mi vida por que estas palabras, estas angustias llegaran hasta allá!”.

En la página siguiente añade marcas verticales a tres momentos en que la depresión de Quiroga se intensifica (el primero con rayas dobles): “¡Quién se iba a suponer que la carta no llegara, y, después, el telegrama —suprema esperanza— quedara sin objeto?”; “Pero lo supremo es: ¿y si Mamá no contesta?. Yo quisiera decirle en el telegrama: ‘*Me muero de hambre. Mándame enseguida dinero*’. Sí, esto le diría para enternecerla, y hacerle ver que no es broma el telegrama. Pero no puedo, porque no me alcanza el dinero. Y por eso, por la falta de precisión en el texto, tal vez se haga la desentendida, ignorando que lloro casi al hacer el telegrama” (junio 2); “¡Qué poco es todo eso, cuando lo que se examina no es el porvenir, sino el momento, cuando se cambiara la Gloria por la seguridad de comer tres días seguidos!” (junio 3). Y en la p.97 (junio 4), una sucinta evaluación: “La estadía en París ha sido una sucesión de desastres inesperados, una implacable restricción de todo lo que se va á coger.”

También señala Ibáñez algunos momentos del diálogo con uno de los compatriotas que ayudó a Quiroga para comer y de las reflexiones del escritor para mejorar su situación: “Le dije a Fleurquin si quería acompañarme mañana al Monte-Pío. Me dijo que no podía, etc.”; “De todos modos, mañana de noche iré á ver á Gómez Carrillo. Puede ser que en lo de Garnier me ocuparan, aunque fuera corrigiendo pruebas. Pero no lo espero, ni comprendo, ni sospecho cómo podré vivir. Es algo terrible” (junio 4, p.98). En diálogo con Fleurquin, Ibáñez señala otra vez lo más patético: “—¿No arregló nada? / —Nada. / —¿Qué va a hacer entonces? / —¡No sé[!] Morirme de hambre. / —Bueno —dijo— y agregó al poco rato: Entre unos cuantos amigos le daremos para que coma unos cuantos días. Vd. lo que debía hacer era irse enseguida. [...] / —Claro —dijo—; todos los días le podríamos dar cada uno dos francos. Yo creo que alcanza para comer. Lo hacemos como con un compañero que está en desgracia...” (p.99, junio 5). “No pensaba más que esto: ¡me han dado una limosna! ¡y me la darán todos los días! ¡y tendré que recibirla!” (p.100).

Interesa asimismo a Ibáñez el párrafo en que Quiroga habla de que no es una vergüenza no tener dinero, como tampoco lo es trabajar (ídem). Al otro día, junio 6, marca una mejoría de ánimo: “Bastante tranquilo. Pero no tengo con qué comer, y espero que cuando baje me den algo. Iré esta tarde á la Exposición. No tanto por verla, como por pasar de una

vez la tarde que me mata” (ídem), que no ha de durar: “Me ha entrado otra vez la desesperación” (al pensar en la dependencia de las personas “casi desconocidas” que le dan una limosna para comer, p.101). En las pp.106-107 (junio 9), Ibáñez subraya menciones a Fleurquin, el uruguayo que ayudó a Quiroga con unos francos para comer, como antes (p.77, n.66, abril 26) había señalado la referencia de Rodríguez Monegal a la obra de Arturo Scarone, *Uruguayos contemporáneos*, fuente de más datos sobre algunos compatriotas en París mencionados por Quiroga.

Hay dos menciones a la madre de Quiroga que interesan a Ibáñez. La primera es al comienzo del diario (p.45, marzo 30), en que el diarista está relatando su recuerdo de lo sucedido antes de partir, que incluye la oración “Mi madre hacía rato que lloraba en silencio”, junto a la que Ibáñez pone una raya vertical al margen. La segunda, que merece otra marca marginal, ocurre cuando el desesperado Quiroga compara su soledad con la de su madre y medita sobre el solar nativo: “Ahora comprendo á mi pobre madre que en casa, en el Salto, todo el día solita en los cuartos helados, paseaba amargamente su tristeza. ¡Oh mi América bendita, donde todo es grandeza y hospitalidad! ¡Cómo te adoro en París!” (p.103, junio 7). La nostalgia por el terruño ocupa otra cita subrayada (p.107, junio 9): “es hermosa ciudad aquella en que uno se divierte, ya se llame París o Salto”. También quedan marcadas dos referencias a la estancia de Palma Sola, también rememorada por el viajero triste (pp.100 y 103). Por fin, Ibáñez parece interesado en la impresión general de Quiroga frente al Louvre (“es inmenso”, p.78, abril 26) y en lo que fuma, pues subraya la frase: “Fumo sólo 4 por día, debiendo fumar 12 ó 15” (p.107, junio 9).

Un segundo terreno de interés en las anotaciones de Ibáñez es el ciclismo. En las pp.78-79 (abril 26), señala la compra de la bicicleta de Quiroga: “Fui ayer a ver bicicletas en la Avenue de la Grand’ Armée. Hay máquinas desde 20 francos hasta 450. He visto una Rudge de 11 1/2 kilos, manubrio y transmisión á voluntad, por 195 frs. Es muy posible que la compre mañana o pasado.” Ibáñez subraya todo menos las características de la Rudge. También marca la palabra “titanes” en la descripción de la habilidad de los corredores y la frase “los titanes que voy a ver” (pp.78 y 80). Asimismo señala una premonición de Quiroga sobre su futuro ciclista en París: “Creo que me romperé muy tranquilamente la cabeza en los primeros días que marche en bicicleta”, y el veredicto sobre un viaje por ciertos tramos del Bois de Boulogne: “la bicicleta siente no pequeñas sacudidas” (pp. 79 y 80).

Una tercera zona de especial atención para el anotador es el infeliz encuentro de Quiroga con una chica, probablemente prostituta, que le

causó los síntomas que va a ocultar mediante su lenguaje cifrado más adelante: “A propósito de la dama de las otras noches, sentí todo este día cierta picazón que me preocupó un poco. Esta noche —hace un rato— ¡Dios santo! Una recidiva! ¡Y ahora que tenía máquina para salir todos los días! Comenzé [sic] con el permanganato.” (Y agrega Ibáñez al margen una anotación que combina los otros dos temas que también le interesan: dinero y ciclismo: “[Ya compró la bicicleta]”) (p.84, mayo 5). Este tema de la prostituta está relacionado con otro, el uso de un sistema de jeroglíficos personales por Quiroga, que también atrae a Ibáñez. En la p.69 (abril 22) hay línea vertical al margen del primero de los dos ejemplos de mensaje cifrado que aparecen en el *Diario*, y quedan subrayadas dos frases de la nota al pie: la traducción del jeroglífico (“Notas para cualquiera novela”), y la declaración de que Rodríguez Monegal no cree útil o apropiado hacer público el segundo mensaje oculto. Y en la p.70 (abril 23) hay línea vertical al comienzo de la nota 40, donde el editor señala que el texto que sigue a la declaración cifrada es una primera versión del “Cuento sin razón, pero cansado” que luego integrará *Los arrecifes de coral*. Sobre este tema del jeroglífico y su segunda aparición retornaremos en la última sección de las anotaciones.

Vemos, entonces, que los subrayados y otras marcas de Ibáñez demuestran un lector muy atento del *Diario*, con intereses en lo cotidiano y en las reflexiones que la ardua experiencia de la pobreza hacen hacer a Quiroga.

Correcciones

Ibáñez propone un buen número de lecturas alternativas al texto, que se enumeran a continuación. Se usará el subrayado para indicar el texto de la versión del *Diario* con la que discrepa Ibáñez y se incluirá seguidamente la versión generalmente mejorada según Ibáñez (RI), o el juicio que le merece. Si es relevante, se agregará un comentario basado en la inspección de los manuscritos del *Diario*, dos libretas escritas a lápiz que están custodiadas en la Biblioteca Nacional. Es de notar que la transcripción del texto del *Diario* fue hecha por un grupo de investigadores, a quienes el editor reconoce en nota al pie: “La copia, transcripción y cotejo de este *Diario de viaje* de Horacio Quiroga fueron realizados por las señoritas Elba Diz y Myriam Otero y los señores José Enrique Etcheverry y Raúl Uslenghi, del personal del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios” (p.41). Pero para Ibáñez es claro que el responsable es el editor, a quien se refiere explícitamente

en algunos de sus comentarios; en este sentido, estamos de acuerdo con Ibáñez y otorgaremos a Rodríguez Monegal la responsabilidad del texto transcrito.

Veamos en primer lugar las variantes propuestas por Ibáñez sobre zonas poco legibles del manuscrito. En general, la versión de Ibáñez otorga un mejor sentido al texto y es, por lo tanto, superior. En algunos casos, Ibáñez se limita a proveer un signo de interrogación; en otros, una alternativa más lógica pero dudosa como fiel transcripción del manuscrito. Un segundo tipo serán las quejas y correcciones más sustanciosas, donde Ibáñez se explaya en sus reflexiones y a veces hace contribuciones de interés.

Variantes sobre un texto ilegible

Este grupo de citas (a excepción de la última unidad) aparece en orden cronológico.

p.41 (marzo 20 de 1900): “quebrar con todo lo que ha apoyado el índice en nuestros sentimientos buenos”. RI: “¿”. La consulta al manuscrito no da mejores frutos (en lugar de “apoyado” se podría sugerir “alojado”, aunque la palabra siguiente es ininteligible), pero tiene razón Ibáñez al cuestionar una lectura con poco sentido.

p.42 (ídem): “en ese angustioso momento no te ([olvidabas]) dudabas de mí”. RI “olvidabas”. El manuscrito parecería darle la razón a Ibáñez: se lee “olvidabas”, igual que la palabra testada.

p.47 (marzo 31): “Derrepente suena otra vez el pito ([!]) ay Han dado orden de que cada dos minutos se haga oír”. RI: “([;]) y han”. El manuscrito es poco legible y la lectura de Rodríguez Monegal comprensible; pero la sugerencia de Ibáñez proporciona un texto más lógico.

p.48. (abril 1º): “Se bailó mucho, con un arístón del comandante: polkas, valeses, y mazurcas. Hice temporada casi [.....] con una chica Ada”. RI subraya y cuestiona: “¿”. El manuscrito es ilegible (en lugar de “temporada” se podría leer “temblando”, pero el resto es oscuro). La sorpresa de Ibáñez es muy comprensible, ya que lo que aparece no tiene sentido. Una mejor opción hubiera sido marcar como ilegible la frase subrayada.

p.49 (abril 2): “¡Tanto he vivido en este término de tiempo!”. RI: “ese”.

ídem, (abril 3): “La gran dicha es figurarse que el momento en que deseamos o recordamos algo, ([él]) es el instante feliz de nuestra vida. Ser una extensa florescencia, sin esperar el fruto que será podrido y sin

desear la cosecha anterior que está anulada.” RI: “eterna”.

p.50 (ídem): “Creo pasamos á 25 [ó] 28 millas”. RI: “ó”. El manuscrito sugiere que Quiroga escribió el “2” de “28” sobre el “ó” que había escrito antes.

p.52 (abril 4): “[Un ingeniero italiano]. Habla poco conmigo. La otra noche observaba yo las constelaciones: dije que no conocía más que la Cruz del Sur.” RI: “dijo”. “Una chiquilina muy mona dice que yo soy el más feo de los [que] juegan [?]”. RI: “¿”.

p.57 (abril 11): “El puente de popa tendría 18 mts por 8 ó 9”. RI: “tendrá”. (ídem): “Había un ramo de 6 lamparillas y 4 velas [?] de 50 bujías”. RI: “¿”.

p.58 (ídem): “estábamos terriblemente observando el deslizamiento, mientras sentíamos la sensación de angustia y y silenciosa desaparición del estómago que acompaña á las ondulaciones de mar y tierra”. RI: “y vibraciones [?]”. El manuscrito no es claro (hay dos “y” seguidas de una palabra que podría ser “vibraciones” y de otra que es ilegible); el editor debería haber agregado un signo de interrogación, pues la frase como está no tiene sentido.

p.62 (abril 16): “Parecía una gran montaña, pero era enorme”. RI: “pues”, con comentario al margen: “OJO”.

p.64 (abril 17); (Quiroga está hablando del pico Tenerife): “La mitad inferior está oculta por montes y serranías más lejanas”. RI: “nubes”, con comentario al margen: “OJO”.

p.65 (abril 20): “Y fue lo mejor que de una tremenda bordada a estribor la ventanilla —ojo de buey— se abrió”. RI: “en”.

ídem, (abril 22): “Es ya sabido que mañana llegamos á Génova”. RI: “llegaremos”.

p.71 (abril 23); (Quiroga en Génova): “Hay bastante desorden sin embargo, pues si uno se preocupa de consignar cuál es el tren que le corresponde (hay 8 ó 10 en la estación), no se lo dicen.” RI: “averiguar”, acompañado de “OJO” al margen.

p.72 (abril 24; viajando a París): “Un enorme movimiento de trenes: pasan ([1]) un (*la*) línea cada 8 minutos.” RI: “en”. (ídem): “Es verdaderamente matador el aspecto de estas ciudades donde nieva, con sus techos de media agua, sin arquitectura ninguna, en un aspecto de miseria y desolador.” RI: “¿misterio?”.

p.75 (abril 25): “No estaba y pregunté por Escalante, para quien traía una tarjeta. Como no salían, fuimos con el portero a inquirir por cafés, hoteles y casas de hospedajes sospechosas donde viviría; Dimos con la casa; no estaba.” RI: “sabían”; “.”, y agrega al margen: “OJO: Error”. (ídem): “La exposición no está ni medio concluida, según me

han dicho. Pagaré un franco de entrada.” RI: “Págase”.

p.77 (abril 26; Quiroga está dando cuenta de sus gastos mensuales): “cuarto 50 frs; arreglo del mismo, 5 id; lavado y planchado, 10 id (debía de ser más, pero no pienso andar más [que] de camiseta en bicicleta, y de ese modo quedan eliminados los cuellos, puños, etc[.]” RI: “sino”.

p.80 (abril 29): “cuaruajes”. RI corrige a “carruajes” (aunque no lo había hecho antes, p.71, abril 24, donde también aparece esa forma idiosincrática de Quiroga); una vez más, Ibáñez hace prevalecer el sentido y la lógica en su versión.

p.83 (abril 30); (Quiroga está describiendo pinturas del Palacio de Bellas Artes o quizás a visitantes mirando cuadros): “Un pobre diablo vendedor de cualquier cosa ante un cuadro modernista - prerrafaelista. Una divina [de] sonrisa de curiosidad y asombro é incomprensión.” RI: “No”. El manuscrito no es claro, pero tiene razón Ibáñez al quejarse de la falta de sentido que Monegal deja sin indicar.

p.88 (mayo 16): RI señala un error ortográfico de Quiroga, al subrayar la palabra “vocesita”.

p.92 (mayo 28): Sensata pero forzosamente, RI llena el espacio que dejó el editor como ilegible en la oración “Mañana iré a empeñar la [.....]”, con la palabra “bicicleta”, que transplanta de la primera oración de la siguiente entrada del diario. Sin embargo, la palabra ilegible no puede ser “bicicleta”; en el manuscrito parece algo así como “Lócané”, y está subrayada, lo que puede indicar que se trata de una marca. No parece ser la “Rudge” que, como fue citado antes, Quiroga había visto el 26 de abril y pensaba comprar “mañana o pasado” (p.78). Se trata, entonces, de un intento demasiado entusiasta de corrección por parte de Ibáñez.

pp.134-135 (El texto “Por qué no sale más la *Revista del Salto*”): señala dos erratas: “diced” en lugar de “dicen” en la última oración de la p.134, y “firacias” en lugar de “gracias” en la última de la p.135, agregando esta vez: “Parece mentira”. Estos dos errores fueron notados por Rodríguez Monegal y corregidos para la edición de *Número*; no así los varios cambios sugeridos por Ibáñez, que con seguridad nunca comunicó al editor.

p.41 (marzo 20): “Cuesta mucho hacer un viaje, aunque la distancia a que nos alejemos sea corta.” RI: “alejamos”. Este caso es excepcional en las anotaciones de Ibáñez: aunque el manuscrito parece darle la razón a Ibáñez, la lectura de Rodríguez Monegal en este caso resulta más correcta. En general, la conclusión a que invitan las anotaciones de Ibáñez es precisamente lo contrario de lo que esta última ejemplifica: primacía de la lógica sobre la estricta fidelidad al manuscrito.

Quejas y comentarios más sustanciosos

Bajo este encabezamiento se consideran contribuciones de Ibáñez que van más allá de la mera sugerencia de una lectura alternativa. El orden es temático. Un primer grupo de comentarios incluye una serie de quejas algo duras frente a las hipótesis de Rodríguez Monegal. Una de ellas ocurre en la p.41 (marzo 20), nota 1, en la que el editor propone una identidad para la chica que extraña el diarista: “Se llamaba, probablemente, Sara, según se deduce de lo anotado por Quiroga el 21 de abril (Véase la nota 35.)”. RI: “¿Sí?”. Como antes, Ibáñez no acepta hipótesis que no tengan evidencia clara y absoluta; en realidad, su actitud es algo extrema en este caso, pues Rodríguez Monegal es convincente sin dejar de ser cauto (“probablemente”). También hiperbólica es la desconfianza de Ibáñez frente a la sugerencia de que el Machado que aparece en la entrada del 16 de mayo sea probablemente Manuel, pues el editor aporta una razonable explicación: en esa época Manuel trabajaba como traductor en París (p.87, n.90). Ibáñez rechaza tal hipótesis, ya que agrega: “¿Manuel Machado? ¿O Antonio? ¿O cualquier otro?”. Aunque en otro orden de cosas, es también puntilloso Ibáñez al quejarse mediante un par de “¡!” de la expresión que usa Rodríguez Monegal para describir el ángulo de una foto del monumento a Victor Hugo de Barrias: “fotografiado de espaldas” (p.84, n.85, mayo 3). Una vez más, surge la férrea actitud de este minucioso lector en cuanto a la precisión semántica. Algo similar ocurre hacia el final del diario (p.109, n.116, junio 9), en que Rodríguez Monegal, inspirado por la aseveración de Quiroga, “Escribiré en un cuaderno de 10 cts.”, informa: “Este cuaderno no ha sido encontrado aún. Quizás Quiroga no lo pudo comprar.” Ibáñez hace un círculo alrededor de la palabra “aún” y agrega al margen: “¿Entonces?”, lo que indicaría una crítica a la aparente incompatibilidad de las dos afirmaciones de Monegal. En todos estos casos se nota la formidable exigencia de Ibáñez frente al trabajo de su colega más joven.

Las contribuciones de Ibáñez de más sustancia ocurren en otros terrenos. El primero es una interesante sugerencia para llenar un vacío en el texto del diarista. Sucede en las pp.78-79 (abril 26), donde dice Quiroga: “En París no se silba. [Ibáñez agrega aquí una llamada]. En tres días no he encontrado uno. Hay una enorme abundancia de sombreros de copa; desde atorrantes hasta personajes. No se puede conocer los niveles aquí. Turbantes, espanoles [sic] de capa y gacho, pantalones anchos, medianos y angostos.”. En su nota agregada, Ibáñez dice: “Q. tal vez omitió: [No vi negros] ® (v. pág 138)”. El texto a que remite esta nota es la primera de dos cartas “Desde París”, que Quiroga envió

para *La Reforma*, y allí Ibáñez marca la siguiente frase de un párrafo sobre la heterogeneidad racial de la población de las calles de París: “Menos negros. Eso sí, en doce días que llevo en París, no he visto sino tres. Y aquí mismo, donde de todo hay y nada admira, llaman la atención” (p.138).

Se trata de una interesante hipótesis de Ibáñez para aclarar un vacío curioso en el texto, que así como está llama la atención. Es también señal de la actitud perfeccionista y reparadora de Ibáñez, quien siempre intenta iluminar el texto y proveer una versión lógica y sensata; Rodríguez Monegal, en cambio, deja sin tocar ni comentar algunos casos como éste. Algo hiperbólicamente, Ibáñez insiste en su lectura al agregar al margen el comentario “OJO. Error”. En cuanto a la palabra subrayada en el texto, niveles, Ibáñez agrega otro “OJO” y una sugerencia, primero en signos de interrogación, “¿modas?”, y luego con más convicción: “modas, no niveles”. Nuestra consulta al manuscrito no confirmó ninguna de estas versiones para un vocablo que continúa siendo ilegible.

Un segundo terreno de reflexión abundosa concierne a la poesía, ámbito en el que Ibáñez, justificadamente por ser un consumado poeta, se siente superior a su rival. La crítica se aplica a la transcripción de tres poemas, los dos primeros de Quiroga, comenzando con “La Venus de Milo” (p.85, mayo 6). Ibáñez empieza por alterar la transcripción al tachar la “s” de “líneas” en el primer verso de la cuarta estanza (con razón, según el manuscrito), lo que lo convierte de dodecasílabo a endecasílabo, el metro que domina en el poema. Además agrega en uno de los márgenes: “(¿El oído de Rodríguez Monegal!)” y en el otro “Er-ror”. En tono algo menos contundente, sugiere una alternativa al penúltimo verso: subraya “el ruido” y agrega, en nota al final de la página: “Disparate”, y al margen: “(No!)” y “el vuelo (quizás)”. (Una consulta al manuscrito confirma la ilegibilidad del vocablo, aunque “ruido” sigue siendo buen candidato.)

Luego hay dos contribuciones extratextuales. La primera se refiere a la sexta estanza del poema, que dice así: “¿Por qué la carne, porque es carne, muere? ¿Por qué, de esos prodigios de la curva, / No es la línea tan blanca y tan nerviosa / Que la haga mármol?”. Ibáñez anota un “(¿)” junto a los dos últimos versos y hace una llamada: “V. pág. 138”. En esta última página se encuentra la nota enviada por Quiroga a *La Reforma*, ya mencionada, en la que también habla sobre el Louvre. Ibáñez marca el segundo párrafo, dedicado a la Venus de Milo, y agrega: “Glosa el poema transcripto en el *Diario de viaje* (v. pags. 85-86)”. Esta conexión, que pasó inadvertida a Monegal, es sin duda interesante,

ya que en ese párrafo Quiroga se hace las mismas preguntas que en el poema, pero de manera más inteligible y por lo tanto iluminadora de éste: “¿Por qué mueren esas hermosuras que el cincel ó el lienzo transmiten á la posteridad como un ferviente homenaje á la belleza de las que fueron sus modelos y ya no viven? ¿Por qué la carne, como el mármol, no ha de ser inmortal para esas supremas elegidas del color y la línea?”.

La segunda contribución extratextual de Ibáñez se aplica a la nota del editor en la que éste sugiere “un eco de la ‘Canción de otoño en primavera’” de Rubén Darío, y cita los versos “y de nuestra carne ligera / imaginar siempre un Edén, / sin pensar que la Primavera / y la carne acaban también...” (p.86, n.88). El juicio de Ibáñez es severo: “Doble disparate: 1º Porque no tiene el verso relación especial alguna con la estrofa de Darío (habría un millón de vinculaciones posibles); 2º Porque la estrofa de Darío es posterior al poema de Quiroga, y éste, pues, no podía hacer eco a lo que aún no se había escrito.” Junto a estos comentarios va un “OJO” subrayado. En efecto, Rodríguez Monegal no dice que el poema de Darío pertenece a *Cantos de vida y esperanza*, colección que apareció en 1905, cinco años después de la estadía de Quiroga en París.

El segundo ejemplo de crítica íntima a Monegal en el terreno de la percepción poética atañe, a la transcripción del texto de Quiroga, “‘Del natural’: (con histeria)” (p.90, mayo 22). En nota al pie, el editor comenta que, como “La Venus de Milo”, “Este poema tampoco fue recogido en *Los arrecifes de coral*.” Ibáñez subraya las dos primeras palabras de la nota y agrega al margen: “¡No es un poema! ¡OJO”, y junto al texto de Quiroga pone “(Simple apunte: ‘Del Natural’)”. Además, y esto parece haber sido el criterio que justifica su posición, Ibáñez había anotado, junto a las tres primeras y las dos últimas líneas del texto, el número de sílabas: 8; las otras tres, irregulares, quedaron sin anotar. Como en el caso del poema anterior, Ibáñez parece regocijarse en un terreno en que, como fino poeta que era, se sentía cómodamente superior a su rival.

Un último caso de revancha en el campo de la poesía concierne la transcripción que hace Quiroga de una “estrofa escrita al pie de una estampa [(mística)] religiosa en el Quai Saint Bernard” (p.94, mayo 30) que dice así:

“O tu que sobre la tierra [h]as sabido hacer
Penitencia amado Dios tu prógimo practicado

La virtud conservais la fé viva y la dulce
Esperanza, tu andes justar en el cielo la felicidad que á tu es debida.”

En nota, Rodríguez Monegal, consciente de que el texto tiene problemas, afirma: “Ni la transcripción ni la traducción merecen elogio. Sería interesante saber por qué Quiroga se resolvió a copiar la estrofa.” Por su parte, Ibáñez va bastante más allá de ese comentario superficial. Primero, agrega el dato de la situación más precisa de esta inscripción: “(límite norte del Jardín des Plantes)” y hace una doble anotación junto al texto transcrito. En un margen aparece el familiar “¡!”, y en el otro: “No tiene sentido (¿Mal copiada por R.M?)”. Luego, en el margen superior de la hoja, incluye una nueva y ciertamente más inteligible versión:

“¡Oh tú, que sobre la tierra has sabido hacer
penitencia, amando a Dios y a tu prójimo, practicando
la verdad, conservando la fe viva y la dulce
esperanza, tú has de gustar en el cielo la felicidad que te es debida!”

Una vez más, estamos frente a un manuscrito difícil de leer, pero notamos el mayor esfuerzo de Ibáñez por alcanzar una versión coherente.

El tercer y último terreno de anotaciones de más sustancia es el ya mencionado de los jeroglíficos que usa Quiroga en dos ocasiones para ocultar sus pensamientos. El primero de los mensajes cifrados, en la p.69, había quedado traducido en nota al pie como: “Notas para cualquiera novela”. Allí el editor explica que la clave para descifrar los símbolos privados del escritor fue encontrada “con la colaboración de miembros del Instituto”. Y agrega: “Dos veces utiliza Quiroga este lenguaje de su invención: una vez para ocultar a cualquier mirada extraña su ambición, inconfesable, de escribir una novela; otra vez, para consignar una enfermedad. No interesa insistir sobre este último caso.” (Subrayado de Ibáñez). Este segundo mensaje oculto aparece en la p.90, entrada del 21 de mayo, donde Ibáñez anota: “(v. pág. 69)”. En el otro margen, Ibáñez inscribe, en mayúsculas, la traducción: “(Blenorragia y chancros)”. La clave y solución se encuentran en el Archivo Quiroga de la Biblioteca Nacional (C10- D318-320, Diario de viaje), que Ibáñez sin duda pudo consultar.

Es interesante notar que ni el editor ni su minucioso lector intentan encontrar referencias en el *Diario* a la aventura que ha causado la enfermedad venérea adquirida por Quiroga. Hay un posible fragmento iluminador, que se encuentra en las fojas 46v. y 47 (p.73), al final de la primera libreta, donde aparece el comienzo de un texto que se había

transcripto anteriormente en el diario (ff.38-39, p.66) y que terminaría luego, en versión retocada, en *Los arrecifes de coral* (“Tenía la palidez”).

Este texto queda interrumpido por una serie de anotaciones telegráficas de Quiroga, dispuestas en su mayoría en forma de columnas encabezadas por referencias a barajas (as de copa, [oro], basto, espada) y debajo de las cuales se citan elementos que parecerían tener alguna conexión: debajo del as de oro, por ejemplo, aparece “mucho dinero”; debajo de copa, “alegría” y “mujer galante”; debajo de “espada”, “traición” y más abajo “mala lengua”. En opinión de Rodríguez Monegal (n.45), este texto “seguramente es [...] el borrador de una clave para leer el porvenir en las cartas”, lo que justifica mediante una referencia a la entrada del 14 de abril en que Quiroga relata juegos de cartas en el barco. Como de costumbre, es una hipótesis convincente de Monegal. Pero quizás se podrían encontrar en este texto fragmentario también referencias a una posible experiencia sexual, en los términos “cama (mujer)” y “mujer X me”, seguido en otro renglón por “requiere alcahueta vieja mujer”. No parece demasiado aventurado sugerir que los varios elementos mencionados, en su conjunto, podrían remitir a la visita de Quiroga a algún garito parisino con chicas o prostitutas.

Este texto, intencionadamente oscuro, podría ser otra forma de cifrar una experiencia que Quiroga consideraría demasiado íntima y vergonzosa, y es, por lo tanto, afín al uso de un alfabeto propio. De esa manera se puede explicar no solo la confesión en jeroglífico de su enfermedad, oculta por un reticente Monegal y hecha explícita íntimamente por Ibáñez, sino también la referencia de Quiroga a “la dama de la otra noche” en la entrada del 5 de mayo (p.84), que implicaría una aparición anterior en el diario.

Conclusión

Las anotaciones de Ibáñez demuestran un trabajo detenido y puntilloso, que no perdona excesos retóricos ni hipótesis riesgosas en el editor del *Diario*; su actitud peca a veces por ser demasiado exigente y algunos de sus comentarios parecen inspirados más por el deseo de ejercer íntima venganza sobre un rival, que por el interés meramente académico frente a un trabajo de investigación ajeno. Pues es indudable que la tarea de Monegal exhibe un alto nivel de profesionalismo.

Por otro lado, en algunos casos, Ibáñez hace observaciones de verdadero interés, que iluminan el texto de Quiroga y que demuestran que, aunque el director del I.N.I.A.L no contaba con el alto conocimiento de esa obra que llegó a amasar Rodríguez Monegal, sí poseía en grandes

dotes erudición y capacidad de investigador. Así, señala un buen número de lecturas alternativas y comentarios que en general mejoran la versión transcrita por el equipo que trabajó con Monegal, aun si en algunos casos llega a corregir el manuscrito. Este último procedimiento, siempre que se haga explícito al lector, es apropiada tarea de un buen editor. Lamentablemente, queda claro que el destinatario de este ejemplar eligió no transmitir al joven colega las alternativas que añadió privadamente, pues no aparecen en la edición de *Número*. Esto es una lástima, pues, de haber colaborado ambos críticos, la tercera edición solo podría haber ganado en calidad.

En fin, a su manera este *Diario* anotado también ilustra un proceso de cambio de mando en el poder del ámbito cultural a mediados de siglo en Uruguay, personalizado en dos intelectuales que fueron quizás los integrantes más importantes de las dos generaciones en conflicto. La transición fue turbulenta y conflictiva, pues sin duda los rivales eran grandes.⁽⁶⁾

(6) Agradezco la asistencia de varias personas al escribir este trabajo, con algunas de las cuales tuve conversaciones muy útiles sobre los dos críticos que aquí figuran (aunque soy yo el solo responsable de las conclusiones): los bibliotecarios de la Modern and Medieval Library, Fitzwilliams College y Queens' College de Cambridge, Mireya Callejas, Diego González Gadea, Wilfredo Penco y Mercedes Ramírez.

APÉNDICE: El poema de Bartrina

“De Omni Re Scibili” (*)

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
ya no son para mí
lo que llama misterios sobrehumanos
el vulgo baladí.

Solo la ciencia á mi ansiedad responde,
y por la ciencia sé
que no existe ese Dios que siempre esconde
el último porqué.

Sé que soy un mamífero bimanio
(que no es poco saber)
y sé lo que es el átomo, ese arcano
del ser y del no ser.

Sé que el rubor que enciende las facciones
es la sangre arterial,
que las lágrimas son las secreciones
del saco lacrimal;

que la virtud que al bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción;

que el genio no es de Dios sagrado emblema,
no señores, no tal:
el genio es un producto del sistema
nervioso cerebral,

(*) El título del poema significa “De todo lo conocible” (traducción que debo a Rob Wilson). Fuente: Joaquín María Bartrina, *Algo. Colección de Poesías Originales*. 3a. Edición Americana. Buenos Aires, Imp. A. Grau, s.f. (con la siguiente indicación al final del prólogo “Cuatro palabras”: Reus, Enero 1877).

y sus creaciones de sin par belleza
sólo están en razón
del fósforo que encierra la cabeza
¡no de la inspiración!

Amor, misterio, bien indefinido,
sentimiento, placer...
¡palabrotas vacías de sentido
y sin razón de ser!...

Gozar es tener siempre electrizada
la médula espinal,
y en sí el placer es nada ó casi nada,
un óxido, una sal.

¡Y aún dirán de la ciencia que es prosaica!
¡hay nada vive Dios,
bello como la fórmula algebraica!
¡ $C = p r 2$!

¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
ya no son para mí
lo que llama misterios sobrehumanos
el vulgo baladí...

Mas ¡ay! que cuando exclamo satisfecho
¡todo, todo lo sé!,
siento aquí, en mi interior, dentro de mi pecho
un algo... ¡un no sé qué!...